

la cabeza y, mirando atrás para contemplar tanto obstáculo vencido, tanta dificultad superada, tomar aliento y bríos para continuar por una senda, si no libre de peligros y erizada de amarguras, tampoco privada de satisfacciones y triunfos y á cuyo remate se divisa la gloria, tanto más grande cuanto más lejana y de difícil consecucion.

Verdad es que, para no desmayar y confesarse vencido, es necesario poseer un alma bien templada, con las virtudes morales que son indispensables á toda empresa ardua, la fe, la esperanza, la constancia y la firmeza; una inteligencia superior y un genio, para el que el único placer consista en la lucha, que huya de los triunfos fáciles, de las impresiones vulgares y ame lo imposible, proponiéndose su anulacion y marchando contra todas las corrientes hácia él desatadas.

Las obras grandes llevan en todas sus partes el sello de su grandeza; grandes son sus primores, grandes sus defectos, grande su intencion, y grande su fin; cuando llegan á lo alto, el espacio que abarcan es inmenso; cuando descienden, se ocultan á la vista en las profundidades del abismo; si caen, es de una manera formidable, espantosa, y muchas veces para no levantarse; cuando mueren, nacen á la vida de la historia, de la fama, del universal recuerdo, y dan á sus autores algo de su grandeza que los abrumba ennobleciéndolos, que los hace superiores á otros seres y más que ellos dignos de perpetua alabanza, de general aprobacion, de inextinguible gloria.

## CAPÍTULO V.

Ensayo los elementos realistas.—*La última noche.*

El 2 de Marzo de 1875 se representaba en el teatro Español un drama en verso de *Echegaray* titulado *La última noche*.

Hé aquí su argumento.

*Acto primero.* D. Cárlos, banquero ambiciosísimo, materialista y aficionado á los goces sensuales, se halla establecido en Madrid teniendo en su casa á Teresa, su mujer, á D. Juan, cajero de su Banca, á la hija de éste, Elena, de la que se halla voluptuosamente enamorado, y á Alfredo, hijo suyo y al principio de la accion ausente. En una de sus aventuras financieras ha comprometido en una conspiracion á Ernesto, hijo del cajero D. Juan, al que ha abandonado infamemente, siendo causa de su muerte. Ernesto, hallándose en capilla, ha escrito una carta en que descubre la infamia de D. Cárlos, cuya carta ha ido á parar á manos de Doña Teresa, la cual se la muestra á su marido para conseguir de él, en lo posible, que repare los muchos da-

ños que ha causado. Todos, pues, ignoran en poder de quién se halla la carta, ménos D. Cárlos y Teresa. Una de las veces que Teresa se la enseña á su marido la deja caer al suelo, á causa de un ligero desmayo producido por la llegada de su hijo Alfredo, y al acudir á sostenerla D. Juan, se apodera de ella involuntariamente, advirtiéndole que es la carta que su hijo escribió momentos ántes de morir, en la que declara quién fué la causa de su desgraciado fin, y cuya carta en vano ha reclamado en diversas situaciones. Léela precipitadamente, comprende el crimen de D. Cárlos, y en el momento de la llegada del hijo de éste, cuando Alfredo le dice:

¡Vengan los brazos!

D. Juan pálido, descompuesto, agitando la carta en su mano convulsa, contesta:

¡Aparta!

¡Tiene sangre de ese Judas!

(Señalando á D. Cárlos, y mostrando la carta á Alfredo.)

Así concluye el primer acto.

*Acto segundo.* D. Cárlos ha mandado comprar á don Ramon, compañero suyo de banca y pájaro de cuenta, un collar de brillantes con el cual pretende cometer nuevas infamias seduciendo á una infeliz mujer. Don Juan va á marchar llevándose á su hija Elena, de la que está perdidamente enamorado Alfredo. D. Cárlos siente perder su presa, si se lleva á Elena, y se vale de

toda clase de medios para retenerla, colocando el collar de brillantes en su cuello, acto de seducción que presencian desde oculto lugar todos los de la casa, D. Juan, Teresa, Elena y Alfredo. Cogido *infraganti*, D. Cárlos, que halla siempre recursos para lo malo, cuando todos le increpan, sereno é imperturbable, resuelve la situación diciendo:

D. CÁRLOS. Que tesoros le he ofrecido;  
que he forjado en el espacio  
no sé qué rico palacio;  
que este collar le he ceñido,  
no lo niego... es cierto... sí;  
mas decidme, Juan, Alfredo,  
¿á la *hija mia* no puedo  
ofrecer lo que ofrecí?

(Movimiento de sorpresa en todos.)

JUAN. Elena no es hija tuya.

ALFREDO. (Al oído de Doña Teresa.)

(¡Madre, la llama hija suya!)

CÁRLOS. (A D. Juan.) ¿No comprendes, insensato?

(A Alfredo.) ¿No comprendes todavía

por qué la llamo hija mia?

Porque es ya tu esposa, ingrato.

(Con explosion generosa, al ménos en la apariencia, y acercando Elena á Alfredo.)

Pero en seguida de esta fingida buena accion se presenta Alvarado, hombre riquísimo, al que tiene prometida D. Cárlos la boda de su hijo con Lola, hija de aquél; y como quiera que en el mismo momento recibe la noticia de que ha fracasado su empréstito hecho para

pagar con urgencia cien millones y Alvarado se los ofrece por el lazo que les va á unir dentro de poco con la boda de sus hijos, D. Carlos no halla otra salida que el explicar el haber colocado el collar de diamantes en el cuello de Elena como una prueba para apreciar el efecto de la joya, lo cual produce gran estupor en toda la familia, que no puede comprender tanta insolencia y tanto cinismo; con cuya situacion termina el acto segundo.

*Acto tercero.* Está D. Carlos á punto de recibir un telegrama del que depende un negocio de inmensas ganancias y en el que pelagra su fortuna. Elena y Juan van á marcharse. Alfredo pide á D. Juan la mano de su hija, el cual se la niega diciendo que mientras viva su padre no será esposo de su hija. Alfredo se exalta, su pensamiento es fuego, y pensando en su felicidad se hace parricida de intencion, adivinándolo su madre Teresa que trata de consolarle, reprochando tan horrible pensamiento. Don Carlos lo oye todo y arroja á su hijo de la casa, acompañándole su madre Teresa. El no recibir el aviso telegráfico y las impresiones que acaba de experimentar conmueven un instante su alma, pero la llegada del telegrama y con él su victoria le distrae de tan breve arrepentimiento. Vuelve Teresa á entregar á su marido D. Carlos la carta de Ernesto, que poseia Alfredo, y que no quiere conservar por ser la prueba fatal del crimen de su padre; éste la recibe con frialdad, y como está anocheciendo, se pone á leerla en el balcon, arrebatándosela de entre las manos el viento que la arrastra fuera de la

casa; Teresa augura fatal destino de aquella circunstancia, y D. Carlos, riéndose irónicamente y despreciando tales presagios, la despide de casa diciéndola:

Vete... Mas si oyes que muero  
¡ven, Teresa, llevar quiero  
tu beso de despedida!

Aquí termina el acto tercero.

*Epílogo.* Han transcurrido ocho años; Elena y Alfredo se casaron, dándoles el cielo un hijo á quien pusieron el nombre de Ernesto en memoria del hijo de D. Juan que fué fusilado. Teresa se ha separado de don Carlos y éste, viejo y enfermo, vive en una quinta á orillas del mar con ánimo y deseo de recobrar su salud; pero su vida se acaba. Vive con él D. Ramon, el cual le prepara para que reciba á Teresa, D. Juan y Alfredo que desean verle, pero D. Carlos se niega porque no cree tan cercano su fin.

Ha dado en la manía de encerrarse en su cuarto y no consentir que le velen sino en la estancia inmediata; á ésta consiguen llegar conducidos por D. Ramon su mujer, su hijo, Elena y D. Juan. D. Carlos en una de sus calenturas sale de su cuarto, los ve á todos y tiene delirios y apariciones que él cree hijos de su fiebre, y que son realidades. Serénase, y para calmar su ansiedad bebe en una copa de oro cuyo contenido le sabe mal y sobre la cual, en un acceso de insensato furor, da un puñetazo, hiriéndose la mano y manchando el borde de la copa con su sangre. En este instante entra D. Juan

con Ernesto, hijo de Alfredo y Elena, y se entabla entre los dos abuelos una lucha desesperada por el empeño que tiene D. Carlos de besar al niño, al cual mancha con la sangre de su mano herida, por lo que D. Juan exclama:

¡Lo ves, hay sangre en tu mano!

.....  
¡Lo que quieres es matarle  
como mataste al primero!

Y termina la obra con la muerte de D. Carlos en presencia de todos y recibiendo el beso del niño para presentarse á Dios.

Hemos expuesto el argumento: vamos á discurrir ahora sobre la finalidad de este drama. *Echegaray* no se ha propuesto desarrollar un pensamiento dramático; nosotros creemos que otro bien distinto ha sido su objeto. Recordemos que se halla en el período de preparacion, que busca con ansia verdadera medios de realizar sus ideales, que como decimos en el capítulo anterior, al ver cómo el teatro español está sin norte fijo y determinado, fluctuando entre todas las corrientes, sin inclinarse hácia ninguna escuela, sin determinar género favorito, ha excogitado *La esposa del vengador* para probar su talento dramático y su habilidad en el manejo de los elementos románticos, y para convencerse de si con tales elementos es fácil apoderarse del público y realizar su grande obra.

Satisfízole, pues, el triunfo que con esta obra con-

siguiera, al par que se convenció de que era dueño poderoso en el reparto de toda clase de distribuciones románticas. Alegre y satisfecho con su primera tentativa, seguro por esta parte, previsor y atrevido á la vez, quiso nuevamente tentar fortuna y creó un drama con elementos atrozmente realistas, tanto que, quizás no han sido usados por los autores franceses, maestros doctísimos en este género repulsivo, como que ellos han sido, si no sus creadores, los que más empeño han mostrado en presentar en el teatro tan repugnantes espectáculos. Y *Echegaray* no se quedó corto; puso especial propósito en exagerar los términos hasta lo increíble, y así, buscó un banquero sin creencias entregado á los goces de la materia, para quien

la muerte es sueño profundo  
y el oro el único Dios;

banquero, como dijo un tal S., que no tiene ilusiones, ni esperanzas, ni recuerdos; que por el feliz éxito de una jugada de Bolsa, sacrifica al hijo de un amigo; que por satisfacer un impuro deseo, causa la desdicha de su propio hijo, colocando en el cuello de la que debia ser esposa de éste, un collar de brillantes; que, por un préstamo, no titubea en decir que aquel mismo collar lo habia comprado para que resaltase en el nevado cuello de la mujer, á quien pocos momentos ántes hacía consistir toda la felicidad en un puñado de monedas; que por el buen resultado de una operacion mercantil, se contradecía tres veces en pocos momentos en el primer

acto, ante todos los personajes de la obra; banquero siempre bajo, torpe siempre, ni mira los medios para conseguir sus deseos, ni tiene en su corazón resto alguno de delicadeza; que ni sabe lo que es remordimiento; que para conmoverse, aunque no sea más que por un instante, necesita oír que su hijo abriga el pensamiento de quitarle la vida; que con su esposa es altivo, duro, implacable; que rechaza de su lado al que va á pedirle una limosna; sér repugnante que cuanto toca destruye; sér de corazón de hierro y de voluntad inquebrantable para proseguir sin inmutarse la série de crímenes que ha comenzado por su ambición desmedida.

Juzgó suficiente este carácter para dar pábulo á sus deseos, para crear situaciones, y si conoció que la pintura de tipo tan despreciable no había de ser motivo suficiente para la urdimbre dramática, no quiso abandonarlo para poner más en tortura su ingenio y probar más y mejor la abundancia y validez de sus recursos, de sus elementos realistas. En efecto, esto se descubre en *La última noche*, en que todo es esencialmente realista, realista de un género de realismo casi inconcebible, y falso por su exageración.

Este alarde que ha querido hacer de sus condiciones, ha sido obstáculo para que el asunto sea propio de un drama, de que apenas haya drama en la obra, y de que se haya visto precisado á crear un epílogo para justificar el título y la existencia de la obra dramática. Y, aún así, todo está reducido á un hombre falto de

sentimiento que vive con el mal y muere lleno de remordimientos, lo cual apenas si puede dar origen á una obra para el teatro. La acción está conducida sin interés, como que no hay argumento para ello. Los dos actos primeros terminan con situaciones altamente dramáticas; la del tercero impresiona porque hace creer que de ella se deducirá fatal consecuencia, por más que luego se ve que no está colocada sino para acentuar el carácter de D. Carlos, lo cual no consigue, pues el más soberbio, más poderoso de la tierra tiembla ante el temor de que la sociedad en que vive, cuando no el gobierno y la justicia, tengan una prueba de su criminalidad. En lo restante la acción está reducida á mover todos los personajes, que son muchos, alrededor de don Carlos, como figuras de cera, para dar lugar á los efectos que *Echegaray* quiere presentar. El epílogo, que es lo más tristemente bello de la obra, tiene algo de falso, ó al ménos de mal gusto; es deshilado, no se justifican y se colocan oportunamente las salidas y entradas de don Ramon, Juan, Teresa, Elena, Alfredo y Ernesto; allí se mueven todos para dar lugar á escenas cuya belleza hace olvidar estas faltas.

*La última noche* ó no tiene caracteres ó son los caracteres del mal. Don Carlos es un protervo que no lucha porque jamás acaricia el bien; es un miserable egoísta sin condiciones para el teatro, aunque se acuerde de Santa Bárbara cuando truena, esto es, cuando le remuerde la conciencia en sus últimos momentos. Las luchas dramáticas no nacen de que un personaje obre